

mi lado, á pesar de lo mucho que te quiero!

—¡ Lo mucho que me quieres! (replicó Tomás con dureza.) ¡ Bueno está tu cariño ! ¡ Dejar al viejo Bounderby que despidiese á Mr. Harthouse, mi mejor amigo, para volverte á casa de papá, precisamente en los instantes en que yo corría mayor peligro ! ¡ Vaya un cariño! Di más bien que me has hecho traición; tú nunca me has tenido cariño.

—Vamos pronto,—dijo Sleary desde la puerta.

Salieron todos atropellándose, diciendo Luisa á Tomás que le perdonaba, y que no dejaría de quererle; que sentiría haberse separado de ella de aquel modo, y que algún día recordaría con placer lo que acababa de decirle. Mr. Gradgrind y Ceci, que iban delante de Tomás mientras la hermana procuraba aún enternecerlo, se detuvieron y retrocedieron un poco, porque vieron venir á Bitzer jadeando, con sus delgados labios entreabiertos, sus cejas temblorosas, y su rostro más pálido que nunca, como si la carrera, que aumenta en todos los colores, á él le privase de los suyos.

—Siento mucho destruir vuestros planes (dijo Bitzer); pero no puedo consentir que me engañen los saltimbanquis; aquí está vestido con blusa, y le necesito.

Y hasta se creyó obligado á coger á Tomás por el cuello, para mayor seguridad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEE  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO XVII.

### Filosófico.

Cuando volvieron á entrar en la barraca, Sleary empezó por cerrar la puerta, para impedir que penetrasen los intrusos. Bitzer, sin soltar á su prisionero, á quien el miedo paralizaba, permanecía en medio del circo, mirando traicioneramente á su antiguo patrón, medio perdido en la oscuridad del crepúsculo.

—Bitzer (dijo Mr. Gradgrind, completamente abatido, y con tono de sumisión muy humilde), ¿tiene V. corazón ?

—De otro modo no circularía mi sangre (replicó Bitzer al oír aquella extraña pregunta). Nadie hay que pueda dudar de que tiene corazón, por poco que esté familiarizado con los hechos establecidos por Harvey referentes á la circulación.

—¿Y es accesible á los sentimientos de la compasión?—preguntó Gradgrind con voz suplicante.

—Es accesible á la razón, caballero (respondió el discípulo de los hechos), y no á otra cosa.

Los dos interlocutores se miraron: el semblante de Mr. Gradgrind estaba más blanco que el del espía.

—¿Qué motivo razonable puede V. tener para impedir la fuga de ese desgraciado muchacho? (dijo Mr. Gradgrind.) ¿Qué motivo tiene V. para matar de dolor á su pobre padre? Mire V. mi hija. Tenga V. piedad de nosotros.

—Caballero (respondió Bitzer con tono decidido y lógico); puesto que V. me pregunta por qué quiero llevarme á Tomás á Cokeville, lo diré francamente. Hace ya tiempo que en mi conciencia le achacaba yo el robo de la banca. No le quitaba la vista de encima, y observaba su conducta hasta en los menores detalles. Guardé mis observaciones para mí, lo cual no me impidió que las continuase haciendo, y hoy dispongo de una amplia colección de pruebas contra él, sin contar su fuga y su propia confesión, que he tenido la dicha de escuchar. Tuve la satisfacción de rondar ayer mañana su casa de V., y le he seguido hasta aquí. Voy á conducir á Tomás á Cokeville, á fin de dejarle en poder de mister Bounderby. Estoy persuadido de que este señor me ascenderá á la plaza que Tomás ocupaba.

—Si el interés es lo único que á V. le mueve....

—Dispense V. que le interrumpa (replicó Bitzer). V. no ignora que todo el sistema social entero se reduce á una cuestión de interés per-

sonal. Siempre se consulta á ese interés: tal es el hombre. Ya sabe V. que yo era muy joven cuando me instruyeron en ese catecismo.

—¿Qué suma aceptaría V. en cambio del ascenso con que cuenta?

—Gracias por la proposición (exclamó Bitzer); pero estoy decidido á no aceptar indemnización alguna de esa especie. Como conozco los principios prácticos que V. profesa, preví que me ofrecería una alternativa de esa especie: he echado mis cálculos, y he encontrado más seguro y más ventajoso para mí subir un peldaño en la escala social, que no vender mi silencio á un ladrón, por mucho dinero que me ofrezca.

—Bitzer (exclamó Mr. Gradgrind, tendiendo los brazos, como para decir: *¡Vea V. cuán miserable soy!*): Bitzer, sólo me resta un medio de conmover á V....; V. ha estado algunos años en la escuela que yo fundé. Si, en agradecimiento á la educación que V. ha recibido, puede olvidar un instante su interés personal, y dejar en libertad á mi hijo, le ruego y le suplico que lo haga.

—Verdaderamente me extraña (replicó el ex-discípulo, hábil como siempre en la respuesta) ver que tenía V. en la controversia una posición que no puede defenderse. Mi educación está pagada; es un contrato concluído desde el momento que salí de la escuela.

Este era un principio fundamental de la filosofía Gradgrind. Nadie debe trabajar, bajo ningún pretexto, para el obispo. El reconocimiento debe abolirse, con las virtudes que le son consiguientes. Cada centímetro de la existencia de los hombres, desde su nacimiento hasta su muerte, debe ser un contrato debatido y concluido en forma legal. Y si no llegamos al cielo por este camino, es porque el cielo no es un lugar político-económico, y entonces nada tenemos que hacer en él.

—Concedo (añadió Bitzer) que mi educación no ha costado gran cosa. ¿Y qué prueba eso? Que me hayan fabricado barato, no es una razón para que yo procure colocarme con la mayor ventaja posible.

Bitzer tuvo que detenerse en este paraje de su discurso, viendo las lágrimas de Luisa y Ceci.

—Suplico á Vds. que no lloren de esa manera, porque eso no sirve de nada. Creerán Vds. que yo no quiero bien á Tomás; nada de eso. Sólo á consecuencia de las causas razonables que acabo de exponer, me decido á llevarle á Cokeville. Que intente resistir, y gritaré, ¡al ladrón! Pero no resistirá, no hay cuidado.

Mr. Sleary, que con la boca cerrada y ambos ojos fijos había escuchado estas doctrinas con la más profunda atención, se adelantó á su vez.

—Caballero (dijo, dirigiéndose á Mr. Grad-

grind); sabe V. perfectamente, y esa señorita también ó mejor que V., porque se lo he dicho, que ignoraba lo que su hijo de V. había hecho, y que tampoco deseaba averiguarlo, porque me figuré que se trataba solamente de alguna travesura; pero habiendo declarado este joven que se trata del robo de una banca, á femía que eso es serio, demasiado serio, para que yo pueda tratar con V., como ha dicho muy bien ese joven rubio. Por consiguiente, no lleve V. á mal que sea del partido de ese joven, y si digo que tiene razón, tampoco se incomode. Diré, sin embargo, lo que puedo hacer por V. Haré que enganchen un cabriolé, y conduciré á Tomás y á ese joven rubio á la estación, de manera que no haya aquí un escándalo. No puedo consentir en hacer otra cosa.

Esta deserción del único amigo que les quedaba provocó nuevas lamentaciones por parte de Luisa, y causó una aflicción aún más profunda á Mr. Gradgrind. Pero Ceci, que miraba atentamente á Sleary, no se había engañado acerca de las verdaderas intenciones del director. Cuando todos se dirigían á la puerta, Sleary le hizo una seña para que se quedase atrás. Cerrando entonces la puerta con llave, le dijo con mucha animación:

—Ese caballero ha sido un buen amigo para ti; yo lo seré suyo. Por lo demás, el joven rubio

es un famoso canalla. La noche será muy oscura: yo tengo un caballo que hace todo cuanto se quiera, excepto hablar; tengo un perro capaz de mantener á un hombre clavado en un sitio durante veinticuatro horas seguidas. Dile á ese joven dos palabras al oído. Dile que no tenga miedo cuando el caballo empiece á danzar, y que espere la llegada de un tñburi, tirado por una mula. Dile que salte en tierra en seguida que vea acercarse el tñburi, porque la mula le hará recobrar el tiempo perdido. Si mi perro permite al joven rubio ni siquiera echar pié á tierra, le permito que vaya á Roma. Y si mi caballo sale antes de doce horas del sitio en que se ponga á danzar, declaro que no le conozco. ¡Vamos! ¡Vivó!

En efecto: se obró con tanta prontitud, que al cabo de diez minutos, Mr. Childers, conductor del tñburi, y que á la sazón paseaba en pantuflas por la plaza del mercado, ya había recibido la consigna, y el cabrióle de Mr. Sleary estaba ya dispuesto. Era un espectáculo delicioso ver al perro sabio ladrando alrededor del vehículo, mientras Sleary, con un simple movimiento de su ojo movable, recomendaba á Bitzer á la atención particular del inteligente cuadrúpedo.

Llegada la noche, los tres viajeros subieron en el carruaje y se pusieron en camino; el perro sabio, animal muy corpulento, tenía ya fascinado á Bitzer en su asiento, y no se alejaba de la

rueda, cerca de la cual estaba sentado, á fin de estar pronto á avanzarle, en el caso de que manifestase el menor deseo de echar pié á tierra.

Mr. Gradgrind y las dos jóvenes velaron toda la noche en la posada. Á la mañana siguiente, á las ocho, Mr. Sleary y el perro se presentaron juntos, tan alegre el uno como el otro.

—Todo va bien, caballero (dijo Sleary). Sin dudarse ha embarcado ya su hijo de V. El caballo ha danzado la polka hasta que ya no podía tenerse en pié; entonces le dije una palabra al oído, y se echó á dormir como un bienaventurado. Cuando el canalla del joven rubio quiso continuar el camino á pié, el perro le cogió por la corbata, y le echó á rodar como á una pelota. Entonces volvió á subir al carruaje, y no intentó bajar hasta que yo volví la razón á mi caballo, á las seis y media de esta mañana.

Ya se deja comprender que Mr. Gradgrind le dió repetidas gracias, y dió á entender con infinita delicadeza que estaba dispuesto á recomendar aquel servicio con una suma respetable en dinero.

—No necesito nada para mí (contestó Sleary); pero Childers es padre de familia, y si V. le ofrece alguna suma, acaso la aceptará. En cuanto á mí, con que V. le compre un collar al perro y unos arreos al caballo, enhorabuena.... Ahora

bien: un vaso de aguardiente no lo desprecio nunca.

Ya había pedido un vaso de aguardiente, y pidió otro.

—Si no fuera ir demasiado lejos pedir á V. que dé una comida á la compañía á razón de cuatro francos por cabeza, sin contar el perro, eso les agradecería mucho.

Mr. Gradgrind declaró que estaba pronto á dar aquellos testimonios de gratitud.

—En ese caso, si V. quiere ordenar un espectáculo, tendremos mayores motivos de agradecimiento. Ahora, si estas señoritas me lo permiten, quisiera decir á V. dos palabras en secreto.

Luisa y Ceci se retiraron á la habitación inmediata. Mr. Sleary, después de beber otro vaso de aguardiente, continuó en estos términos:

—No necesito decir que el perro es un animal extraño.

—Su instinto tiene algo de maravilloso,—dijo Mr. Gradgrind.

—Llámesese como se quiera: que me ahorquen si sé qué nombre dar á la inteligencia de ese animal; pero he visto á un perro encontrarme de una manera que me ha hecho creer que fué en busca de un amigo, y le preguntó: «¿Conoce V. por casualidad á un hombre que se llama Sleary, de estas y las otras señas?» Y que le respondió: «No le conozco personalmente; pero sé de un

perro muy capaz de encontrarle, y que, consultado este otro perro, reflexionó un instante, antes de decir: «¿Sleary? ¿Sleary? Espera. Sí le conozco. Me han hablado de él, y no hace mucho. Puedo darte las señas de su casa en un abrir y cerrar de ojos.» Como yo me presento con tanta frecuencia al público y recorro tantos países, me conocen muchos perros.... no cabe duda.

Estas reflexiones parecían causar una profunda sorpresa á Mr. Gradgrind.

—De todos modos (continuó Sleary, después de haber humedecido sus labios con aguardiente), hace ya un año que dábamos representaciones en Chester. Ejecutábanse *Los niños perdidos en el bosque*, cuando entra en el circo por la puerta de los artistas un perro. Venía de lejos, se hallaba en el más triste estado, cojeaba, y apenas veía. Se acercó primero á los niños, á quienes reconoció detenidamente, como para buscar á alguno, y en seguida se vino á mí, hizo un esfuerzo, se levantó sobre las patas traseras aunque estaba muy débil, movió la cola, y murió. Aquel perro, caballero, era Patalista.

— ¡El perro del padre de Cecilia!

—El mismo. Conociendo á aquel animal como yo lo conocía, puedo jurar que si no hubiese muerto su amo.... y si no estuviese enterrado.... no hubiese venido á buscarme. Josefina, Childers y yo hablamos mucho tiempo de la aventu-

ra, para decidir si sería conveniente escribir á V. ; pero decidimos que no. Nada bueno teníamos que decir. ¿Por qué entristecer el ánimo de la pobre Cecilia y hacerla desgraciada? De suerte que nunca se sabrá si Jupe ha abandonado infamemente á su hija ó si ha preferido morir solo de pena antes de asociarla á su miseria.... Eso no lo sabremos hasta que no sepamos de qué medios se valen los perros para buscar nos.

—Cecilia conserva aún la botella que su padre le dió para que fuese por aceite, y mientras viva, y mientras ella viva, creará que la ha abandonado por pura afección.

—Eso lo que nos enseña son dos cosas : primera, que hay en el mundo un amor que, después de todo, no es el interés personal, sino una cosa muy distinta ; y segunda, que si ese sentimiento se sujeta ó no á cálculo, tan difícil es de averiguar como el talento de los perros.

Mr. Gradgrind, sin replicar, miró por la ventana. Mr. Sleary vació su vaso, y llamó á las jóvenes.

—Cecilia, hija mía, dame un abrazo, y adiós. Señorita, para mí es muy grato ver que trata V. á Ceci como á una hermana en quien tiene mucha confianza. Espero que Tomás vivirá para hacerse más digno del cariño de V. Caballero, venga esa mano por la primera y última vez. No sea V. severo con nosotros, pobres vagabundos.

Preciso es que la gente se divierta. No siempre se puede aprender á trabajar. El mundo no se ha hecho para eso. Todos están obligados á aceptarnos. Obre V. con sabiduría y caridad, y procure sacar partido de nosotros, en vez de impulsarnos al mal con el desprecio.

## CAPÍTULO XVIII.

### Final.

Mr. Bounderby no perdonó nunca á la señora Sparsit haber tenido la audacia de querer ver más allá que su señor. Indignado con el descubrimiento triunfal que había hecho apoderándose de la señora Pegler, pensó tanto y tanto en este exceso de celo, que los errores de su ama de gobierno aumentaron más y más á sus ojos, y llegaron á hacerse una bola de nieve. Mister Bounderby concibió la gran idea de despedir á la señora Sparsit, á pesar de toda su nobleza, y se sentó en el comedor, como otras veces, delante de su retrato. La señora Sparsit estaba sentada á la chimenea, muy ajena de pensar la suerte que le esperaba.

Mr. Bounderby cortó un pedazo de pan, y tiró el cuchillo sobre la mesa con estrépito.

La señora Sparsit dió un salto, y exclamó:

—¡Mr. Bounderby!

—¿Qué sucede? (preguntó Bounderby.) ¿Por qué me mira V. así?

—¿Quiere V. decirme si le ha sucedido algo desagradable? Me parece que está V. de mal humor.

—Sí, señora.

—¿Y por qué?

—El que se haya V. mecido en dorada cuna no le da derecho para atormentar y embrutecer á un hombre como yo, y no lo consentiré.

Mr. Bounderby había creído necesario ir derecho al asunto, previendo que, si aceptaba la discusión en todos sus detalles, acabaría por ser vencido.

La señora Sparsit empezó por levantar sus cejas coriolanescas; después las frunció; recogió la costura en el canastillo, y se levantó.

—Caballero (dijo con majestad): veo claramente que mi sociedad no le es á V. agradable en este momento. Voy á retirarme á mi habitación.

—Permítame V. que abra la puerta, señora.

—Gracias; yo misma la abriré.

—Me parece que debe V. estar mal aquí: me parece que mi humilde techo no es digno teatro para una mujer que, como V., desplega tanto aprecio en los asuntos de otro.

La señora Sparsit le lanzó una mirada que respiraba el más profundo desprecio, lo que no impidió para que le preguntase con extremada finura:

—¿De veras?

—Lo he pensado á consecuencia de los últimos sucesos, y en mi pobre juicio....

—Ya sabemos todos que el juicio de Mr. Bounderby es infalible. Desprecie V. sus demás cualidades, pero no su juicio,—dijo la señora Sparsit con venenosa ironía.

Mr. Bounderby, muy encendido y muy contrariado, replicó :

—Decía, pues, señora, que se necesita un tren de casa muy diferente para que pueda brillar una mujer como V. ¿No es verdad que en casa de lady Scadgers, su pariente, encontraría V. asuntos en que ocupar su oficiosa actividad?

—Nunca me había ocurrido esa idea; pero me parece una cosa muy probable.

—Pues bien; ensáyela V. (dijo Mr. Bounderby, poniendo en el canastillo de la señora Sparsit un billete de banco). V. se irá cuando quiera: no corre prisa; pero nunca conviene perder el tiempo.

Dicho esto, la señora Sparsit, cuyas facciones romanas parecían en aquel momento una medalla fundida en conmemoración del profundo desprecio que le inspiraba Bounderby, le miró fijamente de piés á cabeza, pasó por delante de él con desdén majestuoso, y subió á su cuarto. Mr. Bounderby cerró la puerta, se sentó delante de la chimenea, y fijó sus ojos de fieramosca en su re-

trato y en el porvenir. ¿Pero veía bien el porvenir? Observó, es verdad, á la señora Sparsit sosteniendo un combate diario, provista de todas las armas de que se compone el arsenal femenino. ¿Se vió siendo una especie de esclavo de Bitzer, enseñándole á todos los extraños que llegaban á su casa como un joven lleno de porvenir, que había ganado legítimamente la plaza de Tomás, y que no se había apoderado del ladrón, merced á la mala pasada que conocen nuestros lectores? ¿Vió un reflejo de su propia imagen, haciendo un testamento vanidoso, según el cual veinticinco mendigos de más de cincuenta y cinco años, llevando en los botones de su librea el nombre de Josué Bounderby, comerían todo el resto de su vida en un *Hospicio-Bounderby*, asistirían al oficio divino en una capilla bounderbiana, se dormirían con los sermones de un limosnero bounderbiano, y darían náuseas á todos los estómagos bien constituidos con aquella enorme aglomeración de estupidez y de orgullo bounderbiano? ¿Previó el día en que, cinco años más tarde, Josué Bounderby debía morir de apoplejía fulminante en una calle de Cokeville, y en que aquel admirable testamento debía empezar su larga carrera de estafas, de robos y bajezas, para no aprovechar más que á las gentes de justicia?... ¿Qué hacía el retrato, si no le revelaba nada de esto?



—¿De veras?

—Lo he pensado á consecuencia de los últimos sucesos, y en mi pobre juicio....

—Ya sabemos todos que el juicio de Mr. Bounderby es infalible. Desprecie V. sus demás cualidades, pero no su juicio,—dijo la señora Sparsit con venenosa ironía.

Mr. Bounderby, muy encendido y muy contrariado, replicó :

—Decía, pues, señora, que se necesita un tren de casa muy diferente para que pueda brillar una mujer como V. ¿No es verdad que en casa de lady Scadgers, su pariente, encontraría V. asuntos en que ocupar su oficiosa actividad?

—Nunca me había ocurrido esa idea; pero me parece una cosa muy probable.

—Pues bien; ensáyela V. (dijo Mr. Bounderby, poniendo en el canastillo de la señora Sparsit un billete de banco). V. se irá cuando quiera: no corre prisa; pero nunca conviene perder el tiempo.

Dicho esto, la señora Sparsit, cuyas facciones romanas parecían en aquel momento una medalla fundida en conmemoración del profundo desprecio que le inspiraba Bounderby, le miró fijamente de piés á cabeza, pasó por delante de él con desdén majestuoso, y subió á su cuarto. Mr. Bounderby cerró la puerta, se sentó delante de la chimenea, y fijó sus ojos de fieramosca en su re-

trato y en el porvenir. ¿Pero veía bien el porvenir? Observó, es verdad, á la señora Sparsit sosteniendo un combate diario, provista de todas las armas de que se compone el arsenal femenino. ¿Se vió siendo una especie de esclavo de Bitzer, enseñándole á todos los extraños que llegaban á su casa como un joven lleno de porvenir, que había ganado legítimamente la plaza de Tomás, y que no se había apoderado del ladrón, merced á la mala pasada que conocen nuestros lectores? ¿Vió un reflejo de su propia imagen, haciendo un testamento vanidoso, según el cual veinticinco mendigos de más de cincuenta y cinco años, llevando en los botones de su librea el nombre de Josué Bounderby, comerían todo el resto de su vida en un *Hospicio-Bounderby*, asistirían al oficio divino en una capilla boulderbiana, se dormirían con los sermones de un limosnero boulderbiano, y darían náuseas á todos los estómagos bien constituidos con aquella enorme aglomeración de estupidez y de orgullo boulderbiano? ¿Previó el día en que, cinco años más tarde, Josué Bounderby debía morir de apoplejía fulminante en una calle de Cokeville, y en que aquel admirable testamento debía empezar su larga carrera de estafas, de robos y bajezas, para no aprovechar más que á las gentes de justicia?... ¿Qué hacía el retrato, si no le revelaba nada de esto?

Pues ved por su parte á Mr. Gradgrind, el mismo día y á la misma hora, que también está sentado en su gabinete. También mira al porvenir. ¿Y qué ve? Se ve á sí mismo: anciano, decrepito y con los cabellos blancos, sabiendo acomodar á las circunstancias sus teorías, en otro tiempo inflexibles, poniendo los *hechos* y los *números* muy por debajo de la fe, la esperanza y la caridad. ¿Se ve á consecuencia de este cambio siendo el desprecio de sus antiguos asociados políticos, que no creían que hubiese ningún deber que cumplir con esa abstracción que se llama *pueblo*? Es probable que esto leyese en el porvenir, porque conocía á sus colegas.

Ved á Luisa, en la noche del mismo día, mirando el fuego como otras tantas veces, pero con rostro más dulce y más humilde. ¿Qué escenas ofrece el porvenir á las miradas de la joven? Anuncios colocados en las calles de la ciudad y firmados por su padre para rehabilitar á Esteban Blackpool, y publicar la infamia de su propio hijo, eran escenas que pertenecían al presente. La losa sepulcral de Esteban Blackpool, con el epitafio en que Mr. Gradgrind refería la muerte del obrero, pertenecía también, por decirlo así, al presente, porque Luisa sabía que esto debía suceder. Estas cosas las veía tan bien como si las tuviera delante de los ojos: ¿pero qué veía en el porvenir?

Una obrera, Raquel, que, después de una penosa enfermedad, había vuelto á acudir al toque de la campana de las fábricas; una mujer de una belleza melancólica, siempre vestida de negro, pero dulce y serena, y aun alegre á veces; la única alma de toda la ciudad que parecía tener compasión de una criatura degradada y siempre sumida en la embriaguez, á quien se la veía por las calles pidiendo limosna á la obrera y llorando á su lado; una mujer que trabajaba desde por la mañana hasta por la noche con gusto y sin quejarse, porque miraba el trabajo como el único lote que le había correspondido en este mundo hasta que ya no pudiese más. ¿Veía Luisa todo esto? Si lo veía, no se engañaba.

¿Un hermano solitario á varios millares de leguas de distancia, escribiendo, en un papel humedecido por las lágrimas, que han sido proféticas las últimas palabras de Luisa, y que no sería para él un sacrificio ceder todos los tesoros del mundo por ver un solo instante su querida fisonomía? ¿Veía á ese mismo hermano, acercándose por fin á su patria, con la esperanza de ver á su hermana, y cayendo enfermo en el camino, muriendo en el hospital de fiebre tifoidea, y siendo su nombre la última palabra que pronunciaba? ¿Veía Luisa todo esto? Si lo veía, no se engañaba.

¿Se vió casada otra vez, siendo madre, edu-

cando á sus hijos con un amor lleno de solicitud, velando siempre porque viviesen jóvenes del cuerpo y del espíritu, porque sabía que ésta es de la dos la más hermosa juventud; un verdadero tesoro, cuyo más leve recuerdo llega á ser una bendición y una felicidad hasta para los más sabios? ¿Vió todo esto Luísa? ¡Ay! Si lo hubiese visto, se habría engañado.

¿Pero se vió amada y rodeada de los hijos felices de Ceci? ¿Se vió muy entendida en la literatura de los cuentos de hadas, persuadida de que ninguna de aquellas encantadoras inocentes imaginaciones merecía que se la desdeñase; no descuidando nada que la enseñase á conocer á sus semejantes, incluso los más humildes, para embellecer su existencia mecánica y real con la ayuda de esas gracias y de esos goces ideales, sin los cuales el corazón de la infancia se seca, sin los cuales la madurez física más robusta no es moralmente sino una muerte absoluta, sin los cuales la prosperidad nacional más aparente y mejor demostrada por las cifras, se parece, después de todo, á las profecías amenazadoras escritas en la pared contra los convidados al festín de Baltasar? ¿Se vió de este modo ejerciendo la caridad, no á consecuencia de un voto novelesco, ni de una obligación temeraria, ni de una asociación de hombres y mujeres, ni de una promesa, ni de un convenio, ni de una caprichosa

costumbre, sino simplemente por realizar un deseo que partía del corazón? ¿Se vió Luísa de esta manera? Pues si se vió, no se engañaba.

¡Querido lector! ¿Depende de ti ó de mí que estas cosas sucedan ó no sucedan en el respectivo límite de nuestras esferas de acción? Pues bien: entonces, que sucedan. Tendremos el corazón más ligero cuando, pensativos al amor de la lumbre, veamos un día las cenizas de nuestro hogar palidecer y extinguirse.

FIN.